

SAN CLEMENTE

PREGÓN DE FIESTAS – 2003

18 AGOSTO.

Ilustrísimo Señor Alcalde

Bellísimas Reina y Damas

Sanclementino del año

Autoridades

Señoras y Señores

San Clemente vibra, siente, sonrío, exclama,...estamos de Fiesta o, quizás, Feria, aquella que antiguamente honraban los comerciantes, ganaderos y artesanos y que, hoy, es la nuestra, no por ello, tan grande como la más querida y siempre enaltecida en honor de Nuestra venerada Señora de Rus, ya atrás en singular y bella romería.

Pero yo he llegado hasta aquí como invitado, como invitado de honor del que me siento plenamente orgulloso. He sido elegido para Pregonar con humildad un pueblo, una Feria, un sentimiento, el de sentirme por un momento, por unos días, por todo un tiempo, sanclementino de corte y gala y lo haré, porque así lo quieren y lo quiero, con la fe de quien entiende que un pueblo, cuya historia le hizo noble y señor, rinde pleitesía al tiempo y yo desde este majestuoso estrado, le rindo la misma que él merece, con sencillez, con generosidad, con respeto y con la creencia de que las gentes, vuestras gentes, vosotros mismos, pecheros y nobles, me deis el soplo necesario que me haga sentir la misma sensación que vuestra presencia y vuestra estela me impone, transmite e invade.

No puede uno ausentarse de la inmensa áurea que adorna esta villa. No puede uno dejar sin transmitir en palabras acertadas, con el léxico personal de quien hoy es Vocero Mayor, la historia profunda, señorial, elevada, que cada piedra de estos muros solariegos encierra. No puedo, en definitiva, dejar de lado en un texto pregonado, éste que os leo, dejar de paso el recuerdo a un pasado, tan personal como intenso, tan profundo como bello, tan singular como majestuoso. Su historia es vuestra historia y es, en esencia, la nuestra, la de todos.

San Clemente de la Mancha Alta; al fin, la mágica palabra. La Mancha, ese ombligo cósmico del Universo, esa tierra de paso y de batallas, abierta y sin murallas, viñas y cereales, donde los pájaros vuelan sueltos millas y millas,

con el toldo del cielo arriba, mar de tierra, interminables cultivos, topacios y luz; esta Mancha que mi maestro Carlos de la Rica incitaba en fácil texto: *“...ese lugar de rutas infinitas; la luz arriba, abajo, esta Mancha doncella, este color y esta estrella; antesala del universo donde anduviese el Ingenioso hidalgo; esta mancha conquense que sigue siendo el milagro del pan y del vino, el pedestal de la escala mayor que al cielo nos conduce.”*

Más no hay tiempo para el sosiego. Difícilmente el viajero, el visitante, el que aquí llegue, se podría imaginar una villa así, villa real, villa de la emperatriz Isabel, de inigualable Plaza Mayor, fachadas a ella del renacentista concejo, de la inacabada iglesia parroquial, cientos de veces blasonada. La muy fidelísima, señorial como ninguna, leal y noble, Monte Aragón de la Mancha, San Clemente la grande, la reina manchega sin más.

Nace San Clemente en el tiempo y nace como tantas otras: en la duda. Afirmar que fuese el bueno de Clemente Pérez de Rus, insigne por hacedor y más que por hacienda fuera, aquel que tuviese casa y labor, quizás con castillo yermo, siervo que fuese de la gran Alarcón en tiempos del Medievo; hombre bueno dicen unos, hombre fuerte, dicen otros; ¿no sé?,...¿quizás?, no sería libertino pues quedó, según la historia cierta, en piedra grabada la memoria: *“aquí yace el primer hombre que hizo casa en este lugar y le puso nombre de San Clemente, en la era del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de mil y ciento y treinta y seis años...”*

Más no importa tanto, tiempo arriba tiempo abajo, San Clemente surge del espacio manchego y se repuebla con gentes, buenas todas ellas que crean estirpe, tiempos angostos y turbulentos entre la media luna y la cruz, siglo XII, más o menos.

Ya es hora de que empiece su estela señorial y los tiempos que llegan la marcan: los Pacheco de Villena la hurtan, la ennoblecen, la fijan tan real como villa y aquí las reinas imploran realeza: primero Doña Isabel y algo más tarde, doña Juana, quienes deciden visitar y pernoctan en ella, entendiendo que debe ser fuerte en su impronta, en su emplazamiento, en su defensa, frente a las intrigas nobiliarias, señoriales, hegemónicas tanto de Órdenes, quizás la de Santiago o tal vez, la de Calatrava, más no en vano, los nobles, viles en aquellos tiempos, no la dejan sestear. Es, sin duda, tiempos grandes para ella, pues siglo XV y XVI jalonan su devenir y es pueblo colonial que crecerá al amparo de las mercedes concedidas y que dará pie a una clase social poderosa, cuyas casonas y palacios quedan a pie hoy en día, dando así base a una urbanización elegante, señera, monumental.

Aquel rey de nombre Felipe, segundo por más señas, quizás fuese el que más grande la hiciese, pues no en vano se fundan hospitales, el de la

Concepción y el de Santiago para pobres y el de San Sebastián para peregrinos, más también conventos que dan riqueza religiosa y monumental a una villa que por entonces es tan grande como el espacio manchego al que define. Franciscanos, trinitarios, jesuitas, Pósito que llegase a ser tan real como la Torre vieja e, incluso, el mismo rey tuvo a bien visitar aquella Casa de Postas llamada del Reloj que aún hoy es grande, conocida y familiar, pues a buen recaudo la tienen esas buenas mozas que bien crió la Pilar, heredera del Aroca: “*Posada para todos y sin real que le dieran*”.

Villa real por poder y mérito propio; grande en la Mancha; capital de capitales; tierra de hombres honrados que más bien les hicieron sus mujeres, hermosas, altivas entre el hogar como tierra; aquí nacieron humildes siervos, más serviles por herencia que por fuerza, y entre ellos, ingenios, algunos ilustres otros en vilipendio, más grandes en fama que en tiempo, pero grandes en su época. Ahora, Don Constantino de la Fuente podría andar calleja arriba calleja abajo y cruzar saludo, tal vez, palabra, con un Ortega jesuita, un Villanueva ensayista, un Sandoval de los que tantos hubiera, quizás el Marqués de Valdeguerrero o quizás otro, no sé, un Melgarejo que dicen era experto en pasatiempos escénicos o el mismo don Francisquito, aquel orgulloso y admirado caballero, celoso tanto de sus admiradoras como de la propia villa a la que tanto ensalzara. ¿Cuántos años han pasado desde entonces?.

Y es que San Clemente es un poco el paradigma de los pueblos manchegos, chafado en el llano, en el mismo cruce de los caminos interminables de la Mancha, el lugar en donde un Sancho Panza incontenible hizo restallar su “*¡Voto a Rus...!*”, no muy lejos de la encrucijada en la que el Caballero de la Triste Figura dejó a su cabalgadura elegir ruta hacia cualquier parte tras el primer alba en pos de aventuras.

Por aquí anduvo desbocado el sueño cervantino, de punta a punta de esta provincia de Cuenca, donde D. Quijote midió el suelo por primera vez merced a los modales de mercaderes toledanos, y fue, con los Hinojosos en lontananza, donde volvió a perder los lomos de Rocinante tras su encuentro con los comediantes, antes de dar con el Caballero de los Espejos en los alrededores de Belmonte, casi a tiro de piedra.

Cervantes, el gran hombre de las letras, nombre altivo que engalanó la tierra manchega con su pluma y que, entonces y ahora, siempre elevó el espíritu del manchego, este espíritu tan marcado de carácter. Quizás eso pensase el mismo Juan Antonio León, el bien conocido por “Canela” que así regentó ese bar del mismo nombre cervantino para dar cobijo a su extensa y bien criada prole, ¡buena amistad me une, pardiez!

Desde la Plaza Mayor, ésta que nos enmarca, que nos rinde su orgullo blasonado, que nos eleva hasta casi el infinito, surgen toda una teoría de calles celosas del sol que cae inmesirecorde y se van abriendo hacia la llanura de la Mancha, la palabra mágica, donde las pámpanas enseñorean, con su verde profundo, los campos interminables que antaño llegaron a contar con diez ermitas, casi todas abrazadas ya por un cinturón de casas blancas: San Cristóbal, Nuestra Señora de los Remedios, San Roque, Santa Ana, Nuestra Señora de las Nieves, los Santos Evangelios o Santa Quiteria, en ese barrio de los moriscos que también en San Clemente convivieron con judíos.

Yo quiero aprovechar y aprovecho, un homenaje a quien, viajero incansable, tanto adulase nuestra tierra. Mi amigo Luis Calvo que en bella palabra, tan radiofónica como intensa dijera: *“Aquí, a los pies de San Clemente, la llanura manchega parece brindar su monotonía al viajero; parece como sino hubiera motivo alguno para escudriñarla porque aparentemente no hay rincones para las valijas llenas de fácil oscuridad: quizás por eso esta tierra goza de una virginidad dolorosa, reservada para quien deja la prisa a un lado, aunque sólo sea para contemplar cómo enrojece el sol más allá del horizonte, tratando de dejarse arrastrar por el misterio de ese páramo palpitante...”*

¡Oh, San Clemente! Tierra ingente, de grandes hombres que fueron y que, ahora, lo son; de mujeres tan excelsas como las columnas que flanquean el bello “Ajuntamiento”; de piedras que hablan, que sienten el peso de la historia; de blasones honrados, de Mancha que al horizonte se rinde, se arrodilla, se sublima.

Aunque ahora, los tiempos han cambiado, el carácter del sanclementino, manchego por excelencia, sigue vivo, sigue insistiendo en su seriedad frente a la nueva sociedad que le envuelve, frente a la incertidumbre del progreso, de ese progreso que se ajusta demasiado a las veleidades de una juventud, alegre, insegura, sorprendente, inquieta, quizás demasiado comprometida con caminar más deprisa de lo propio, de lo aconsejado, pero fiel a unos valores tan poco comprendidos por muchos y tan bien allegados para otros. Ellos son el futuro y en ellos habrá que poner nuestra más fiel esperanza. Sentirnos “Pocholos”, “Pantojos”, “Triunfitos”, “Yolones” o ¿no se qué...? es propio del camino social que se anda por sí mismo aunque no todos podamos compartir idea y quizás en la comprensión del momento esté la comprensión del respeto, de ese que a

veces falta, pues “*querer es poder y poder es saber entender*”. La juventud es riqueza y es orgullo y es, nuestro destino y como tal, debemos depositarles la confianza, esa confianza que a veces falta y que tanto necesitan para madurar en el progreso.

La vida sigue y debe seguir con la misma ilusión de quien la inicia porque es tan fiel como el sentir de nuestro personalismo, de ese sentimiento que nos hace ser diferentes y que recobra protagonismo en fiestas, como ejemplo, como recuerdo, como añorado espíritu de quienes han sido parte de nuestro acontecer y que, a la vez, dan firmeza a la tradición a la creencia del carácter de éste, vuestro pueblo. Podríamos hacer estampa en el tiempo jugando con la fantasía y tal cual página de ese Quijote de antaño, ver al bueno de Alonso Quijano cruzarse en la plazuela con “Tragaduros”, aquel veterinario de apellido Ortega que bien sanaba cada pollino tan cual Rocinante, mientras Sancho Panza, en la fantasía del tiempo, podría estar cortando sus rudas barbas bajo la habilidosa mano de Julián Martínez, bien conocido por “Pistolo” que entre chato de buen vino y monedita al viento, contaba chismes graciosos sin descansar. Y es que cada uno de vosotros tiene en su memoria recuerdos cariñosos de hombres de ilustre aventura o desventura más que de ilustre cuna o saber, pues al tiempo que por la calle Real paseaba en venta y bien trajeado “Chunguita” haciendo fiel reverencia a su fe, por arriba, camino de la Plaza taurina, el tío Pepino serpenteaba con su carrillo de golosinas, saltándose cualquier paso de cebra que sin haberlo, encontrase.

Ahí queda el tío Maximino con los pollos en la calle al traspies de José Antonio Moreno, llamado tan cariñosamente “Merendón”, que chuleta a chuleta, mes a mes, daba cuentas a Leocadio tan hábil en el mote como en el aceitar de sus carnes. Y es que todos forman leyenda, leyenda de la vida, del acontecer, del fácil texto de la vida entre “*palabros, esdrújulos y sílabos*” como bien decía la Estrella.

Así es la página de la vida, la misma que cada uno ahora vivimos y por encima del tiempo, la nobleza, la honradez, el acierto en el saber, en el respeto, en el bien hacer. Quizás lo que el bueno de Pelayo Estesos, nombre de aquel rey que supo frenar al sarraceno al igual que éste inventaba los penaltis de cerveza, patente sin reconocer, en ese bar del mismo nombre,

soportales del Ayuntamiento, quien saliendo por “peteneras” dio vida a su propio hijo el que por contar hasta cuenta los “Milagros de San Arisco” a caballo de ese buen vino que sabe hacer entre cosecha y cosecha.

No sé si hablar de personas de quien tan poco conozco enaltece el sentimiento; no sé si el haberme permitido la licencia que nadie me dio para hurgar en el corazón del recuerdo es de bien avenidos; no sé, en definitiva, si creer que todo ello supone acierto en pregonar a bien de quienes me escuchan, pero sí sé que quizás en el atrevimiento de hacerlo está la humildad de quien lo hace, el respeto de quien lo recita y el consuelo de quien lo escucha. Yo me he atrevido y en el atrevimiento está ese perdón que a bien vengo a reclamar.

Quizás me hubiera resultado más fácil engalanar el discurso con recuerdos más imbuidos en mi persona, con el regatear por la noche cada calleja de vuestro pueblo al lado, jocosos y divertidos, de Enrique Revert, quijote del ciclismo y amigo de sus amigos; o tal vez, con Lorenzo Girón Toboso, que bien sabía buscarse la vida, al igual que su propio apodo, entre la palmeta y el miedo taurino; o qué decir de Pedro Pablo Millán, paellero de solera, dicen unos y que quiere hacer buena sombra al chef Paco que con buen martimaco me recibiese y, por decir, quede también esta reciente amistad que tanta ayuda me ha dado y que no es otro que Pedro Arcas “Pedrito”, ¿cuánto sabe el puñetero?.

¿Qué acabe ya dirán algunos? ¿Qué charlatán de pregonero, dirán otros?,...y los dos llevan razón, pero quién llega a este lugar, observa sus maravillas arquitectónicas y se ve tan arropado por gente, buenas gentes, no hay duda, pierdes el control de la ironía, de la moderación y del sabe estar. Pero no podría acabar este pregón sin hacer la última y más digna mención a vuestra Reina, a vuestra Señora, a quién año tras año, os da el impulso y la fuerza para ser todavía mejores en vuestros actos y grandes en vuestro espíritu: **la Virgen de Rus.**

Allá queda en el tiempo cuando el paraje de Rus fuera propiedad del Marqués de Valdeguerrero y Conde de Buenavista del Cerro, aquel que según la leyenda por voto de pobreza hecho dejaba que sus hijos comiesen de la sombra que los chiorizos colgados proyectaban. Heredó su hija la finca y ella fue quien la cediese, en bello acto, a todos los niños menores de edad de la villa bajo la tutela de un patronato para luego crearse Hermandad que ahora rige estos grandes destinos.

Y es su Romería, la que da el carácter a este pueblo. En ella volcáis vuestros deseos y vuestros mensajes, pues en ese caminar sentido lleváis a la del Remedio, vuestra otra Señora, para dejarla en su puesto mientras la Dueña viene a visitaros a la parroquia durante cuarenta días. Aquí os bendice, os arropa, os consuela y os da ese impulso que os permita afrontar

un nuevo año con todo el fervor de una fe, la vuestra, que de tan grande os eleva hacia la estela de una gran pueblo, el vuestro.

Ahora toca fiesta. Espectáculos musicales, concursos deportivos y de juegos, bailes con buenas orquestas, jolgorio, celebraciones, proclamaciones y sus juegos artificiales que forman el marco de una Feria de solera, de postín, de sentimiento, en el que, su Corte de Honor le enaltece, le hace brillar en belleza, en galanería, en porte de pleitesía y donde su Reina, sabe portar la aureola que le infunde vuestra Señora y Virgen, a la que tan gustosamente agradecís su benevolencia.

Pues bien ahí queda la historia y aquí está el presente. Qué decir de vuestro flamante Regidor, espada de turno que con alta ilusión afronta la lidia, de vuestro recién sanclementino de honor,

, portavoz de vuestro carácter y qué decir de Juan Carlos Carrascosa, amigo sincero, a quien tengo que agradecer ésta mi presencia, y por último, qué decir también de vosotros, todos los de aquí, naturales o allegados, verdaderos protagonistas de estas fiestas y creadores de vuestro futuro que ha de ser tan brillante como el deseo de serlo.

¡Va por vosotros, sanclementinos!

¡Viva San Clemente!

¡Viva la Virgen de Rus!

*Miguel Romero Saiz.
Historiador y Delegado de la Asociación de
Escritores de CLM.
San Clemente, 18 agosto 2003.*